

LIBROS

LA MANSION DE ARAUCAIMA

por Guillermo Sheridan

La Mansión de Araucima (Ed. Sudamericana, Bs. As., 1974) es un libro de Alvaro Mutis que reúne tres relatos —que, por cierto, el formador del libro fue incapaz de distinguir correctamente: el que da título al libro, “Sharaya” y el notable “La muerte del estratega”, los dos últimos aparecidos previamente en el *Diario de Lecumberri* (1960) y publicados nuevamente en obvia —y justa— búsqueda de una difusión mayor. En esta breve reseña hemos de preocuparnos solamente del nuevo relato. La obra quiere proceder fielmente a manifestarse como un texto gótico desde su planteamiento original (su subtítulo es “Relato gótico de tierra caliente”): se sabe pensado en la elección del convencionalismo de la novela de misterio y de la metodología que de esa elección se desprende: la presentación acotada de los personajes con las justas dosis de caracterización e incertidumbre; el fluido avance hacia el perceptible —y, por abundantes *shifters*, continuamente advertido— desenlace; la obligación, perentoriamente asumida por el lector, de suponer causas y efectos desde y hacia los “hechos” de los personajes, etcétera. Estos cuantos personajes, que al principio retozan entre el *tipo* y el *clisé*, adquieren su presencia merced a la enumeración de ciertas características esenciales y de actos significativos que les son propios y que, a la vez, permiten adivinar la existencia de aquellas puntas abiertas que, en cuanto que su suma produciría el todo del conflicto, sostienen la gótica arquitectura del relato. El autor acepta los rigores del lugar común verbal pero consigue, más allá del formalismo, levantar una efectiva narración gracias al problema moral que la subyace. Así, sus personajes, al principio, no *son*, se limitan a *hacer y tener*, pero cuando entran en conjunción con los demás, se revisten de algo que les es, al mismo tiempo, propio y compartido, un ser común e individual a la vez: son lo que los otros perciben de cada uno y, claro, como en todo relato que persigue los efectos del *suspense*, algo

más... Uno de los personajes, el protohombre mercenario, nos puede dar un ejemplo de lo anterior: su comportamiento hermético a la buendía implica una personalidad que sólo es suma de atributos (“Le faltaba un brazo y hablaba correctamente cinco idiomas”) y anuncio, esmeradamente intuíble, de un *ser* especial (“al llegar no habló con nadie. Fue a refugiarse a un cuarto de los patios interiores. Allí descargó ruidosamente su mochila de soldado...”).

En un tono displaciente y neutro sustentado sobre un vocabulario exhuberante dentro de su claridad, con algo de recolección onírica —en el obligado copretérito— y algo de escéptica crónica de hechos narrados como supervivencias de la voluntad de olvidar, Mutis introduce al resto del reparto: individuos saturados de sus propios pasados portentosos que, imposible saber si por puro azar o por un oscuro reconocimiento mutuo, forman esta cofradía íntima de seres autónomos cuyos mundos personales conviven y forman un hospital de ultramar: “el Guardián”, filósofo del onanismo (o a causa de él), “el Piloto” impotente y helado, “La Machiche” de delicado talento para el mal, “el Fraile” ascético y reticente, “el Sirviente” mackandaleño y misterioso. Todos ellos unidos para encontrar que la substancia de la que están hechos es sus propios odios e incapacidades de ser ellos mismos. Esto sucede por medio de la ¿involuntaria? agencia de “la muchacha” que, relevándose entre todos los lechos de la Mansión —que, como en todo relato gótico que se respeta, es el *otro* personaje— sin burdos distinguos sexuales, raciales o morales, conjuga sus susceptibilidades hasta provocar encuentros apofánticos de los habitantes —ángel de redención y víctima propiciatoria— consigo mismos: el deseo y la redención que coexisten en ella son demasiado atractivos y demasiado peligrosos, lo que la lleva a la muerte y a la consumación de su pura esencia libre de atributos. De ahí su nombre: Angela.

Esta es la razón que hace sentir lo apropiado del término “relato”: la ambición lograda de producir un *efecto*, un efecto impostergable de vacío, de íntima descomposición, de lo equivoco de ese *ser* adquirido por los personajes sólo para perderlo de inmediato. El marco ofensivamente tropical subraya el efecto de la desesperanza de esos seres que son todo mutación y todo incertidumbre. Llegan, fornican, matan y se van. Lo que queda es la desazón de la descomposición exhuberancia de la tierra, del sexo, de la insatisfacción omnipresente y continua.

Pero si el *efecto* que descansa en la anécdota es lo arriba parafraseado, el relato es dadivoso en satisfacciones —nunca, me temo, tan intensas y definitivas como las de la poesía del mismo autor— a nivel de lectura. Escueta, precisa, puntualmente minuciosa y certera, la escritura de Mutis sobrepasa el rígido esquema técnico del suspenso para revestirse inteligentemente de una ambientación que rebasa el “tufillo demoniaco” para llegar a ser cifra de las pasiones, que rebasa el simple muestreo de caracteres para incidir en los sórdidos puntales éticos del hombre, que va más allá de

la fácil oposición entre civilización y barbarie para descubrir las sutiles entretelas de la energía del deseo y la violencia.

Con algo de fábula, de concreta reminiscencia, en fin, con algo de historia de oscuros atavares pero siempre luminosa, *La Mansión de Araucima* nos hace desear que Alvaro Mutis se libre de la “inmensa pereza” de escribir para crear más literatura que, como ésta, certifique su calidad en el hecho de ser advertencia de algo mejor por venir.

EGLOGA POR LA LLEGADA DEL PADRE ANTONIO DE MENDOZA

Lourdes Rojas Alvarez
Centro de Estudios Clásicos

Feliz acontecimiento representa la publicación de la *Egloga por la llegada del padre Antonio de Mendoza* en la serie Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, con la cual se nos abre la posibilidad de conocer los testimonios literarios de la colonia cuyo acervo inédito tiene un valor importante, pero desconocido para la mayoría.

Esta primera edición que elaboró José Quiñones Melgoza —a quien conocemos por su traducción de las *Tristes* de Ovidio, publicada también bajo los auspicios del Centro de Estudios Clásicos— presenta la versión rítmica del texto paleografiado por él mismo, precedida de una interesante introducción y acompañada de notas al texto latino y a la traducción.

En la introducción se dan noticias del

manuscrito que sirvió de base para la edición de la égloga. Dicho manuscrito —el 1631 de la Biblioteca Nacional de México— pertenece al s. XVI o quizás principios del XVII, si bien los poemas que contiene se refieren a acontecimientos del siglo XVI. En la versión paleográfica efectuada por Quiñones, sólo aparecen los cambios que por lógica se hacían necesarios, bien de una grafía por otra —*ramos* por *ramis*; o enmiendas al texto por omisiones del copista— *catant* por *cantant*; o por cambio de letras entre palabras —*rudecet* por *reducet*, o en *Panique quotanis* por *Panique quotannis*. Por otra parte, el editor actualizó la ortografía de modo que encontramos reducción de consonantes dobles a sencillas (como en *litore* por *littore*), o supresión de *h* inicial (como en *avena* por *habena*) o transcripción de letras que conservaban su grafía latina (como en *lacrimabor* por *lachrimabor*).

Enseguida se nos ofrece en la introducción una noticia bibliográfica del padre Bernardino de Llanos, “jesuita de los segundos que fundaron y promovieron nuestros estudios de latinidad en México”. Nacido de padres esclarecidos, en 1560, en Ocaña, Toledo, el padre Llanos estudió latinidad y letras humanas en el Colegio de la Compañía de Jesús y luego de estudiar en las Universidades de Alcalá y Salamanca, abrazó la vida religiosa en la Compañía, a la edad de veintiún años. No habiéndose aún ordenado sacerdote, se enroló en la expedición que presidía al padre Antonio de Mendoza —nombrado provincial de la Nueva España—, y llegó a Veracruz el primero de septiembre de 1584. En llegando a la capital, en octubre del mismo año, fue llamado casi de inmediato para impartir las clases de latín, retórica, poesía e ínfima de gramática. Y siempre preocupado por la enseñanza de las humanidades clásicas, Bernardino de Llanos “hombre de gran ingenio, de singular erudición en letras humanas, fácil en la poesía, muy fecundo en la retórica... a cuyo cuidado y enseñanza deben las personas más principales de este Reino... compuso muchos y eruditos libros así en prosa como en verso latino, para facilitar el ejercicio y enseñanza de la juventud”.¹

La *Egloga por la llegada del padre Antonio de Mendoza*... es una de las dos églogas dramáticas que escribió el ilustre humanista, además de cinco poemas de motivos diversos, del *Poeticarum Institutionum Liber* y de las *Advertencias para mayor noticia de la gramática y reducir al uso y ejercicio los preceptos de ella*, que tuvo tres ediciones en México, en 1615, 1631 y 1645. Todas estas obras las dio a conocer en forma anónima.

Por otra parte, no es extraño que entre las obras didácticas del padre Llanos aparezcan dos piezas teatrales, pues fue costumbre de los jesuitas de la Nueva España, desde el s. XVI, hacer representar a sus



alumnos obras dramáticas para celebrar a alguna personalidad o un hecho importante. En cuanto a la fecha posible de representación de la Egloga, Quiñones llega a la conclusión de que ésta debió llevarse a cabo hacia 1590, analizando para ello los acontecimientos históricos —pues fue entonces que partió a Roma el padre de Mendoza— y el estilo de la pieza —pues se da un tono sentido que refleja la desolación, pesar y congoja que dejaba su partida.

Posteriormente se analiza en la introducción la estructura de la Egloga que, a juicio del autor del estudio, consta de cuatro partes y no de tres como se señala en el manuscrito. Los personajes, pastores al estilo de Virgilio, como solían ser en los dramas alegóricos que se representaban ya en la Edad Media, se quejan de la tardanza del provincial, a quien el autor se refiere en un plano mítico, con el nombre de Dafnis. Y luego de una serie de alabanzas, agradecimientos y parabienes que le dirigen en forma de canto amebico, celebran su llegada, no sin que antes se den rencillas entre ellos por la primacía en dichas alabanzas.

En cuanto a los motivos que animan esta Egloga del padre Llanos, podemos ver, por el análisis de Quiñones cómo se manifiestan continuamente el paisaje y los motivos mexicanos, aunque virgiliano parezca en su totalidad el paisaje. Sin embargo el autor con pequeñas notas, como en: “y flores nuevas produce para tí la tierra mexicana” o en “A mí, hoy vosotras tenochtitlanas linfas fecundas...”, logra decirnos que tal paisaje es el nuestro. Y que “selvas y praderas, hierbas y flores, aguas y ríos, encinas y valles son propios, representativos del suelo mexicano; pues no ha fundido amablemente dos realidades y dos geografías sino que expresa, con lengua de Virgilio, una nueva experiencia que se halla en la realidad y geografía mexicanas, nuevamente sentidas”.

Las influencias y las reminiscencias de los clásicos latinos son consideradas también en la introducción, ya con una simple mención —como en el caso de Plauto y Lucrecio—, ya mediante ejemplos de versos de autores como Horacio, Ovidio y Virgilio que Quiñones pone al lado de los versos de Llanos; así encontramos cómo tomó de ellos no sólo los nombres de los personajes sino también el tono del poema, con imágenes parecidas o utilizando el mismo léxico

o valiéndose de “lucientes paráfrasis que emergen simulando piedras preciosas de intenso brillo”. Y esto, que parecería desmerecer la Egloga de Llanos si se la considerara copia de los clásicos, toma su justa valoración en las palabras de Quiñones Melgoza, quien nos hace entender que la imitación no es sino un recurso de composición —ampliamente utilizado, por cierto, entre los mismos clásicos— y que la Egloga de padre Llanos tiene valor como creación pues todo el aparato poético virgiliano no es más que el simulacro y el subterfugio para cantar mediante paráfrasis meditadas y elegidas para su propósito, lo nuestro: nuestra realidad física —naturaleza y topografía— y moral —indiosincrasia y costumbres.

Por otra parte, la versión que nos ofrece José Quiñones Melgoza está elaborada siguiendo el sistema silábico-acental, con versos de trece a diecisiete sílabas castellanas que conservan el ritmo del adonio final (acentuado en la primera y cuarta sílaba), y está tan apegada al texto latino que incluso conserva su construcción y sus vocablos, siempre que el español lo permite, con lo cual se logra un ritmo sumamente hermoso, semejante al latino, como podemos ver en el siguiente ejemplo:

“Si produce variados colores la tierra fecunda,
y con sus madres, alegres corderos dan saltos
de júbilo,
y muestran sus gozos ovejas y lúcidos pájaros,
y nada triste en los campos suena; en cambio
miramos
todo alegre, oh guidores de ovejas, cuya
íncrita gloria
se apresura a través de las tierras, y los ejes
del éter;
¿por qué yo? ¿Por qué los demás socios y
restantes cohortes
de pastores no nos alegraremos en fausta ribera
y en vez de un regalo de mil saludos no
optamos llevaros
regalos? Ojalá que este día se me hiciese
más largo
que un año, para que pueda cantar gratitudes
legítimas:
ricos, pues, con su don os haga el Olimpo
dichoso,
ricos vuestros bienes haga y todo lo vuestro
el Olimpo.” (vv. 87-99)

Finalmente, las notas al texto latino y al texto español cierran como digno colofón este trabajo proporcionándonos, las primeras, aclaraciones gramaticales —morfológicas o sintácticas— y estilísticas; y las segundas, noticias referentes a los personajes míticos mencionados, o bien aclaraciones que, por el uso de las figuras retóricas, se vuelven indispensables para la comprensión misma del texto.

Ojalá que a esta primera muestra de la literatura latina-mexicana que nos ofrece José Quiñones Melgoza sigan pronto otros trabajos que nos permitan conocer la vasta e ignota producción que en este campo yace abandonada en nuestras bibliotecas, dejando perder los tesoros documentales y literarios que encierra.

Bernardino de Llanos, *Egloga por la llegada del padre Antonio de Mendoza representada en el Colegio de San Ildefonso (Siglo XVI)*, introducción, paleografía, versión rítmica y notas de JOSE QUIÑONES MELGOZA, Cuadernos del Centro de Estudios clásicos 2, Instituto de Investigaciones Filológicas, U.N.A.M., México, 1975, 17 pp. dobles.

1 Andrés Pérez de Rivas, *Crónica y historia religiosa de la provincia de la Compañía de Jesús de México en Nueva España... hasta el año de 1654*. México, Impr. del Sgdo. Corazón de Jesús, 1896, p. 141.